

justicia? ¿Quién podrá...? María, hermanos míos, hé ahí á nuestra Madre, á la Reina de la misericordia. Ella intercede por nosotros, su voz se abre paso hasta el Corazon de su divino Hijo, su intercesion convierte en salutífero rocío de bendicion la saeta de muerte, y quedamos libres del merecido castigo, más que por mediacion de Moisés lo fué el pueblo israelítico.

Valor, pues, hermanos míos, valor. En medio de las asechanzas del mundo, entre las seducciones del siglo, entre los depravados instintos de la carne, entre las tentaciones del Infierno, aproximémonos al altar de esta Virgen bendita, cuya misericordia es nuestra esperanza, nuestra salvacion y nuestra vida. Acérquense á él los justos, y encontrarán el más sólido apoyo para perseverar en el bien; acérquense á él los pecadores, y hallarán allí su refugio, su abogada, su poderosa mediadora cerca del trono de Dios. Pongamos toda nuestra confianza en esta Madre clementísima; apresurémonos á tener su dulce Nombre en nuestra boca, en nuestro corazon, invocándola en nuestras miserias, en nuestros peligros; y con el apoyo de su patrocinio podremos sacudir nuestra debilidad, levantarnos de la corrupcion en que está sumergida nuestra naturaleza, elevándonos á la region de la paz y de la gracia. Por difícil que sea nuestro viaje en el tempestuoso mar de este mundo, cuando el alma se vea arremetida por furiosos embates, cuando soplen terribles los vientos de la tribulacion, cuando retumbe fragoroso el trueno de la tentacion, recurramos á la piadosa Virgen, y seremos libres del naufragio. Estad seguros, hermanos carísimos, que María no se mostrará sorda á nuestro llamamiento, que nos alargará la mano, nos guiará en el camino, y nos hará experimentar los efectos de su maternal misericordia.

NUESTRA SEÑORA DE LA MODESTIA.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.

(PHILIP. IV, 5.)

Se ha dicho servilmente de Augusto, que él era la obra de los siglos, y que desde los días de la creacion, la naturaleza multiplicaba de año en año sus industrias para producirle. Ahora bien; este encomio, que encierra un exceso de exageraciones, de hipérbolos y de absurdos tratándose de aquel César, es ciertísimo con respecto á la Virgen, que salió de Nazareth para consuelo del género humano. En efecto; María es la flor de las antiguas generaciones, la maravilla de la creacion, y la bellísima entre todas las criaturas. Sus mejillas eran más dulces que la miel y su cuello más blanco que el marfil. Jamás ninguna hija de hombre reunió en sí tantas perfecciones; ninguna descendiente de Adán se vió jamás adornada de tantas gracias.

No era solo la belleza física la que hacía á María extraordinaria y singular obra de la creacion; sus gracias exteriores se manifestaban en Ella como un velo trasparente de las interiores gracias del alma. Sus virtudes eran tan bellas y tan atractivas, que no ha existido ni existirá jamás criatura alguna que pueda igualarlas. A Ella debieron ceder sus laureles todos los preclarísimos ingenios, y fué la más bella entre todas las mujeres porque, indudablemente, era la más santa entre todas las hijas de Eva.

Si el primer ornamento de la santidad es la modestia, sin la cual no se adquieren méritos ante los hombres ni ante Dios, solo con la excelencia de esta virtud se comprende muy bien, que María fué modestísima, y que con razon sea saludada con la advocacion de Nuestra Señora de la Modestia.

Por lo tanto, me limitaré hoy, que se celebra la festividad de un título tan apreciado de María, á hablaros de esta dote, que fué sublime en la más pura de las vírgenes. Ruego á la misma excelsa Señora, que me alcance del Cielo palabras convenientes para el importante asunto que voy á desarrollar. A. M.

La historia de la beatísima Virgen está llena de lagunas. El Evangelio habla de la embajada del Arcángel y de los homenajes con que la veneró; refiere las palabras, que en la plenitud de la inspiracion del Espíritu Santo, la dijo Elisabeth; recuerda el cántico, que, fruto de su humildad y de su gratitud, le salió del corazon en los montes de Hebrón. Pocas cosas más dice de Ella, y luego se calla. Los mismos Apóstoles, ocupados en la eminentísima persona de Jesús, parece que no piensen en su propia familia terrenal, de manera, que la vida de María se nos ofrece árida de hechos. Se diría, escribió un autor preclaro, que las cosas descritas, si se tiene en cuenta las que se callan, son como las magestuosas ruinas de la antigüedad; aquí columnas gigantes, allá estupendos claustros, en otras partes templos suntuosos, y despues, de trecho en trecho, estéril arena y duras piedras.

Sin embargo, á pesar de que la vida de la Virgen se nos ofrezca rodeada de una profunda oscuridad, con todo, tenemos pruebas tan relevantes de su modestia, que aún los más excépticos no podrían ménos de admitirlas. Los Padres, los Doctores y los Teólogos que se dedicaron á enaltecer su modestia, no tuvieron que fatigarse mucho para ponerla en evidencia. Indicaré solamente algunas de sus frases, no siendo posible copiarlas todas atendida la brevedad del tiempo de que puedo disponer; vereis, hermanos míos, con cuanta razon el pueblo cristiano predique modestísima á María.

La modestia es la corona de todas las virtudes. Un hombre podrá ser docto y sábio; pero, si su doctrina y saber no se acompañaran con la modestia, sería considerado muy justamente un vanaglorioso y soberbio. Una mujer podrá ser bella y graciosa; pero, si la modestia no cubriese con su púdico manto su belleza y donaire, se desviarían de ella las miradas que se le dirigiera. ¿Cómo dudar, pues, de que esta virtud no embelleciese todas las demás virtudes de María? Ciertamente no puede negarse, que María fué virtuosísima, que se mostró en la tierra, no como una mujer comun, sinó como espíritu celestial aparecida en forma humana. Ningun pincel puede pintar, ninguna lengua alabar, y ninguna mente comprender, cuanta fué su paciencia,

su bondad, su dulzura, su mansedumbre: toda elocuencia humana y angélica se pierde queriendo enumerar los dones que la adornaron. Por consiguiente, si María poseyó en grado eminente todas las virtudes, y si la modestia es la primera de todas ellas, y la que más enaltece, debemos decir, que esta virtud fué en María suma y singular.

No basta: nadie ignora, que la Virgen santísima reunió todas las virtudes en su alma inocente; pero que la que más amó y de un modo extraordinario, fué la pureza. Ella amó esta virtud, por más que la castidad perpétua fuera cosa absurda entre los discípulos de Moisés, que desde largos años aguardaban la suspirada venida del Mesías. Con un pensamiento, á que no se había elevado ninguna de las doncellas hebreas, con una prevision que se adelantaba á su tiempo y contrastaba las viejas preocupaciones de su nacion, con un voto que abrazaba el celibato, al cual por los Judios iba unida la idea de oprobio y de maldicion, quiso permanecer vírgen. Y fué tan constante en la guarda de la pureza, que se mostró dispuesta á conservarla en presencia del mismo nuncio de la Maternidad divina. ¿Cómo no reconocer, pues, en Ella, una sublime modestia, si la modestia y la pureza son inseparables la una de la otra? En verdad, que no puede haber ninguna duda acerca del amor que María profesó á la pureza, y por tanto, tampoco puede haber duda alguna para proclamarla modestísima.

He dicho, amados hermanos, que entre todas las virtudes fué muy apreciada de María la pureza, mas ahora debo añadir, que la humildad no le fué ménos agradable. Ciertamente que la pureza, que es la sumision de la carne al espíritu, depende de la humildad, esto es, de la sumision del espíritu á Dios. Y se ha dicho muy bien, que la humildad es la castidad del espíritu, así como la castidad es la humildad de la carne. No se necesita mucha elocuencia para demostrar, que, entre todas las criaturas, María fué la más humilde. Ella misma dijo, que su grandeza dependía de su humildad; y la gloria de ser Madre de Dios le pertenece porque en su misma dignidad no creyó ser más que la sierva del Eterno. Y siendo incontestable, que María fué eminente en la humildad, ¿cómo dejar de aplaudir su modestia? ¿Puede acaso existir humildad sin modestia? ¿O por ventura, la modestia no es tan necesaria á la humildad, que pueda existir la una sin la otra?

Ya veis, hermanos míos, con las reflexiones hasta aquí expuestas, muchísimas otras que me sería fácil aducir; veis que aquella bendita Virgen, que fué Madre é Hija á la vez de su Criador, puede con toda

verdad llamarse Nuestra Señora de la Modestia. ¡Ah! si con este título debe saludarse aquella Virgen, en quien la inocencia, la belleza y las gracias fueron rayos transparentes de un alma enteramente celestial; indudablemente, esta alabanza corresponde á aquella piadosísima Reina, que, entre cuantos tienen más delicado el sentido, apareció en la peregrinacion de este destierro como espíritu escogido del Paraíso.

Los Padres de la Iglesia, con las frases que emplearon para describirnos, por decirlo así, el retrato de María, nos ofrecen nuevos motivos para encomiarla modestísima. María, dice San Epifanio, fué espejo de sabiduría, parca en el hablar, respetuosa con todo el mundo, delicada en sus maneras, suave y humilde en los coloquios, y, bajo todos conceptos, tal, que respiraba en su porte exterior y en los doctes del alma una gracia toda divina. María, dice San Jerónimo, era la más exacta en observar la ley, la más atenta en las ocupaciones de su estado, y la más perfecta en el ejercicio de las virtudes; jamás se dejó llevar de un movimiento indiscreto; y todos sus acentos fueron tan llenos de dulzura, que en Ella se vislumbraba fácilmente el Espíritu del Señor. María, dice San Ambrosio, no tenía altivez en sus ojos, considerada en sus palabras, nada se veía en Ella de exagerado en su gesto, nada de precipitado en la voz, ni de negligente en su porte. Jamás se mancharon sus labios con la más leve mentira; su mirada era siempre dulce; nunca se la vió encolerizada; no ofendió, ni en ninguna ocasion entristeció á persona alguna. Enemiga del boato, sencilla en sus maneras, no pensaba en dejarse ver bella, ni en adornarse esmeradamente no obstante su juventud. Bajo el humilde vestido de virgen y el velo de esposa, conservó siempre un alma casta, un corazón inocentísimo. Ahora bien; si un pintor cristiano hubiese recibido la inspiracion del genio, y cuya devocion fuese inspirada por un casto entusiasmo por esta Mujer divina, pintase al óleo todo cuanto han señalado con lijerísimas indicaciones San Epifanio, y San Ambrosio, ¿quién al contemplar aquella imágen, no creeria ver personificada en ella la modestia?

Empero, la misma Escritura habla con frecuencia de la modestia de María. Los Profetas, que la vislumbraron en sus éxtasis, hablando de Ella, y anunciándola á los pueblos, tanto como la encomiaban grande y excelsa, bella y graciosa, la proclamaban igualmente humilde y ruborosa, silenciosa y modesta. Dijeron, que toda su gloria estaba encerrada en su interior, en lo más íntimo del alma; añadieron, que vivía retirada en su casa como la paloma que anida en las hendi-

duras de las peñas. Tantos símbolos, tantas sombras, y tantas figuras con que la representan á los pueblos, forman como una nube de elogios, que proclaman en voz alta su modestia. De su modestia hablaba el Huerto cerrado, al cual no podía penetrar pié alguno de hombre; y la Fuente sellada, cuyas cristalinas aguas jamás fueron manchadas con mundano lodo. De su modestia hablaba el lirio, que, florecido entre espinas, no podía tocarlo ninguna mano que oscureciese su candor bajo concepto alguno; y la rosa, que cándida y ruborosa no podía ser sacudida por ningun soplo ni torbellino. De su modestia hablaba el zarzal de Moisés, que aunque abrasado por el fuego, permanecía siempre incólume; y la torre de David, que no obstante el ser asaltada por huestes enemigas, era siempre inexpugnable. En fin, de su modestia hablaba el vellon de Gedeon, sobre el cual caía el celestial rocío, y el Arca de Noé, á la cual no causaron ningun daño las aguas del diluvio universal.

Así pues, dejemos, amados hermanos, estas y otras expresiones con las cuales los libros santos y los Padres de la Iglesia nos representan la modestia de María, y detengámonos más bien en considerar como la piadosa Virgen se ha mostrado siempre modestísima en el rostro, en sus palabras y en su porte. De esta suerte, rodeadas de nueva luz las razones aducidas hasta aquí, podremos concluir sobre el particular con mayor conviccion de ánimo.

Modestia en el rostro. A un alma perfectísima le conviene un cuerpo perfectísimo. Por consiguiente, si el alma de la Virgen era tal, que representaba en sus perfecciones una viva imágen de Dios, debemos convenir, que su cuerpo, debiendo corresponder á un alma tan bella, debía en sus perfecciones representar al vivo la imágen del mismo Dios humanado. Y por cierto, que no se asemejaba á ciertos montes, que tienen en su interior minas de oro, y por de fuera aparecen yermos y desnudos; María, al contrario, enriquecida interior y exteriormente con los tesoros divinos, mostrábase como el Arca del Testamento, que estaba cubierta de oro por dentro y por fuera, enteramente perfecta; lo cual no hubiera podido suceder, si su rostro no hubiera estado adornado de una celestial modestia. Sin la modestia del rostro todas las demás virtudes se hubieran visto señaladas por una mancha indecorosa; y la Virgen celebrada por los Angeles, hubiera aparecido ante el mundo, sinó culpable, á lo ménos incauta y lijera.

Modestia en las palabras. No cabe duda que María fué amantísima del silencio. En todo el Evangelio son pocas las palabras que

se le atribuyen. Cuando los Pastores y los Magos, llegados prodigiosamente á Belén con motivo del nacimiento del divino Emanuel, ensalzaban al Señor; cuando cumplidos los días de la vida privada, el Salvador, dando principio á su mision por las doctrinas que enseñaba, ó por los milagros que obraba, las turbas le glorificaban; cuando estalló la persecucion, y condenado á la más afrentosa de las muertes su Hijo, fieros dolores le traspasaban el corazon, María callaba. Las pocas palabras que se leen de Ella en lo relatos evangélicos, manifiestan una suma humildad, una extraordinaria modestia. Por su modestia llamóse la Sierva del Señor, cuando el Arcángel, postrado reverentemente ante Ella, le anunció la Maternidad divina. Por su modestia refirió toda alabanza y todo homenaje á gloria del Eterno, cuando Elisabeth, llena de santo respeto, se humillaba en su presencia proclamándola Madre de Dios. Por su modestia en Caná expuso solo con humildes acentos al Hijo la falta de vino; por su modestia pronunció pocas y sencillas palabras cuando dió á entender á su Hijo el dolor que había experimentado con su pérdida.

Modestia en el porte.—Amante de la soledad, María vivía retirada en casa. Desde sus primeros años quiso encerrarse en el Templo, y recogida bajo los claustros del tabernáculo empleó los más solícitos cuidados para que el lejano rumor del mundo no llegase á distraerla. Podía, sin duda, casta é inocente paloma, pasar toda su vida en medio del mundo sin mancharse con la disipacion y el desórden que en él reinan; aún fuera del claustro podía hallarse segura de su pureza, que de ningun modo estaba sujeta á contaminarse. Sin embargo, muy amante de la pureza, apénas pudo sostenerse en pié, corrió al Templo, y pasó los primeros años en la meditacion del espíritu y en el ejercicio de las más bellas virtudes. Fuera de aquellos sagrados muros, ya esposa de José, dividió el tiempo entre la meditacion y el trabajo. Cumplió con religiosa puntualidad las obligaciones de su estado, se conformó resignada á la condicion en que la había colocado la Providencia, y se sometió á las monótonas ocupaciones domésticas de una pobre mujer, que no tiene á sus órdenes ni criados, ni esclavos. Finalmente, cuando pasó á ser madre no dejó de ser modestísima. Seguía á Jesús, pero no estaba presente á las glorificaciones que se le tributaban. Eran tales sus pasos, que el Espíritu Santo los llamó bellos: *Quam pulchri sunt gressus tui!* (1). Eran tales sus miradas, que el celestial esposo quedó enamorado:

(1) CANT. VII, 1.

Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum (1). Eran tales sus mismos vestidos, que tambien por éstos se hizo gratisima al Señor: *Odor vestimentorum tuorum sicut odor thuris* (2).

Siendo así, amados hermanos, ninguno de vosotros podrá ménos de convenir con la opinion universal acerca de la preclarísima modestia de María; y abrigo la seguridad de que todos hareis coro festivo con los Padres, quienes con frases escogidas, predicaron á la Virgen adornada de un modo sublime de esa virtud; con los Doctores, que la llamaron modestísima en todas las circunstancias en que se halló; y con nuestros antepasados, que precisamente por esto, en la manifestacion sincera de sus devotos afectos quisieron instituir una fiesta particular, saludándola con el título de Nuestra Señora de la Modestia. Así procuraron honrar á su misericordiosa Madre, glorificándola del mejor modo que podían por la belleza de una virtud que le era tan querida; y nosotros procuraremos tambien honrar á nuestra misericordiosa Madre glorificándola del mejor modo posible por la belleza de un título que tanto le place.

Tened empero entendido, oyentes, que para honrarla bien no basta invocar solamente con los lábios su nombre, ó visitar los templos que le están consagrados, ó inclinarse delante de sus imágenes, ni por uso ni por costumbre dirigirle una oracion. Si, segun hemos demostrado á grandes rasgos, fué carísima á María la modestia, se sigue de legitima consecuencia, que la práctica de esta virtud debe serle muy apreciada. Por tanto, si queremos que nos mire con ojos misericordiosos; si queremos que se digne atender nuestras súplicas; si queremos que extienda propicia la mano sobre nuestra cabeza para asistirnos con su gracia y ayudarnos con su proteccion, hagamos que brille en nosotros un rayo de aquella santa modestia, que brilló tan vivamente en Ella. Si María, por las copiosísimas fuentes de su misericordia protege todos los desventurados hijos de Eva, y se muestra á todos Madre de gracia y de salvacion, sin duda amparará con mayor eficacia á aquellos que la honran con el ejercicio de una virtud, que es la corona de todas las demás, y que Ella practicó en grado eminente durante el entero curso de la vida. Por su modestia suprema agradó á Dios, de manera, que la llenó de gracias; y con nuestra piadosa modestia agradaremos á María, de suerte, que nos colmará siempre con sus maternales beneficios.

(1) CANT. I, 9.

(2) CANT. IV, 11.